



EL JAGUAR ATACANDO Á UN TAPIR, POR SPECHT

toda prueba; pues el jaguar herido se lanza con gran ímpetu sobre la barquilla, y si no la hace zozobrar traba una lucha cuerpo á cuerpo con el cazador.

Rengger refiere que en 1819, á su llegada á la Asunción, fué testigo de una escena que se trocó, por fortuna, en jocosa.

Tres marineros extranjeros, haciéndose sordos á las advertencias y avisos de la gente del país, se embarcaron en una pequeña lancha; y, armados con un fusil, se dirigieron al encuentro de un jaguar que atravesaba el río. Al llegar á una distancia de 5 á 6 pies de la fiera, el marinero armado del fusil disparó, pero hirió solamente al jaguar. Antes que tuviesen tiempo suficiente, la fiera penetró en el barquichuelo, y los marineros tuvieron que echarse al agua, nadando vigorosamente hacia tierra.

El jaguar, dueño de la navecilla y metido tranquilamente en ella, se dejó deslizar por la corriente del río, hasta que más tarde, perseguido por otros cazadores, abandonó la embarcación y ganó la orilla, desapareciendo en el bosque. Semejantes encuentros no suelen terminar de una manera tan satisfactoria.

En 1874, dos hermanos atravesaban un frondoso bosque del Paraguay, cantando alegremente. Se dirigían á su villorrio después de acabadas las faenas del día.

Como la jornada había sido larga, se detuvieron á descansar durante algunos momentos junto á un pequeño arroyuelo.

Uno de ellos iba armado con rifle; el otro no llevaba más arma que un afilado cuchillo. Nuestros hombres iban vestidos ligeramente, sueltos y á la usanza del país.

Hacia un instante que reposaban conversando, tendidos muellemente sobre la tupida alfombra que formaban las yerbas. Todo convidaba al reposo. El arrullo de la fuente, la espléndida decoración, formada por copudos árboles y plantas trepadoras, cuyas ramas se entrelazaban, meciendo, á impulsos de la brisa flotante, cuerdas de variados matices, los murmullos é indefinibles ruidos del bosque, formaba un conjunto encantador para todo ser inteligente y sensible.

De repente, y cuando más descuidados estaban los dos indígenas, salió de la espesura un jaguar. Era un hermoso animal, grande, armado de poderosos dientes y garras.

Al oír el rumor producido por la fiera, se incorporaron rápidamente nuestros hombres; pero ya era tarde. El jaguar se lanzó sobre uno de ellos, derribándole al suelo, y dejándole maltrecho y herido. Su compañero acudió en su auxilio, rápido como el rayo. El hombre

y la fiera formaban sólo una masa, y era imposible hacer uso del rifle. Soltó el inútil fusil; y, esgrimiendo el puñal, se dirigió hacia el jaguar.

La fiera, al verse agredida, se separó de su víctima, que yacía espirando en el suelo. El indígena hundió el puñal en el corazón del jaguar, que cayó, exhalando rugidos de rabia y furor. Tras breve lucha, en que el valeroso adalid recibió algunas heridas, quedó muerta la fiera.

La crecida anual que experimentan los torrentes y los ríos, suele echar á los jaguares de las islas y de las orillas de los ríos cubiertas de verdura, en que habitan aquellas fieras. Entonces se aproximan á las comarcas habitadas, y su presencia es señalada por grandes destrozos.

Cuando las inundaciones son extraordinarias, no es raro hallar un jaguar en el centro de alguna población elevada.

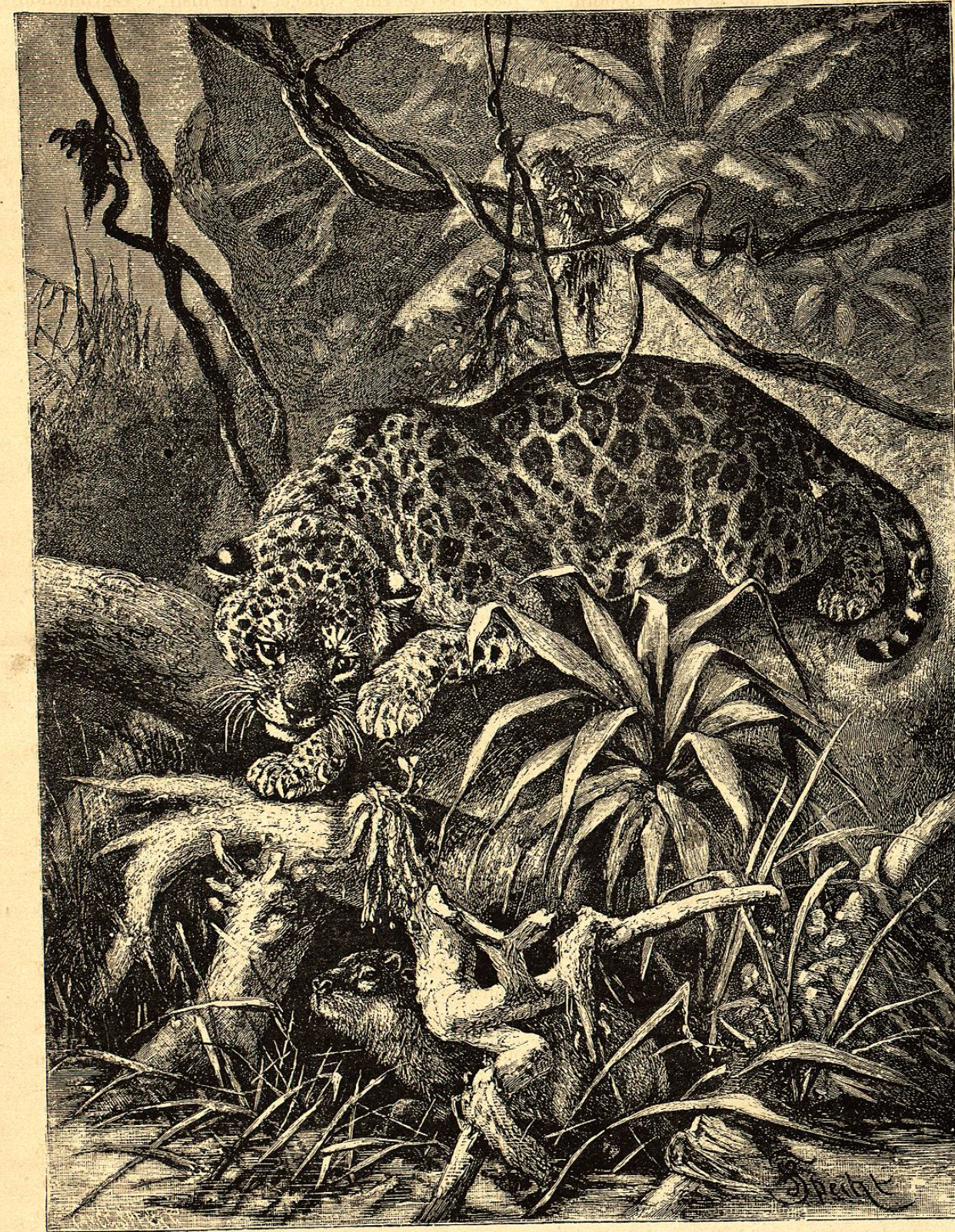
Rengger refiere que en 1819 se dió muerte á un jaguar en la plaza de Villarreal; otro en la capital en 1820; dos en Villa del Pilar; y en Corrientes, Goya y Bajada casi cada cuatro ó cinco años se mata algún jaguar dentro de la misma población. «Cuando llegamos á Santafé en 1825, las aguas habían alcanzado un gran nivel, y nos contaron que algunos días antes un monje de la orden de San Francisco había sido devorado por un jaguar á la puerta de la sacristía en el momento de dirigirse al altar para decir misa. Esto no es frecuente,—añade Rengger,—porque cuando un jaguar se introduce en una población, los ladridos de los perros y el alboroto de las gentes, le turban de tal suerte, que procura ocultarse ó huir.»

Las heridas hechas por el jaguar son siempre muy peligrosas, más que por su extensión por su índole. Sus dientes y garras no son tan cortantes y agudas como las de otras fieras, pero no menos terribles; y en los países cálidos, y completamente desprovistos de recursos médicos, tienen como desenlace el *tétanos*.

Un indio que cazaba á orillas de un río, se encontró frente á frente de un jaguar, al que atacó con su lanza. No habiendo podido alcanzarle el indígena, se lanzó al río; pero el jaguar tuvo tiempo de posar una de sus patas sobre la cabeza de su adversario, con tal fuerza, que le arrancó toda la piel del cráneo. El indio tuvo fuerzas para nadar hasta la otra orilla, donde cayó exánime y maltrecho, de suerte que falleció aquel mismo día.

Innumerables son las desgracias que podríamos citar ocasionadas por el jaguar.

Algunos indígenas juzgan al jaguar como un ser so-



Un jaguar en acecho

brenatural, albergue del espíritu de hombres criminales y feroces, y miran con singular superstición, y no comen ni utilizan ninguna parte del cuerpo de aquellas fieras.

II

El *ocelote*, apellidado *leopardus pardalis*, es un jaguar más pequeño; pues tiene 1'30 metros desde el hocico á la extremidad de la cola, y su altura unos 50 centímetros.